

## 26-M: Estabilización, con matices

ANTONIO PAPELL

Los resultados del 26-M son complejos por la propia naturaleza de la consulta. Varios miles de municipios y trece comunidades autónomas han renovado, respectivamente, sus corporaciones y sus asambleas. No parece difícil que cada partido busque en esta maraña motivo para la satisfacción. Porque siempre las fuerzas políticas son tan dadas a ensalzar los éxitos -que tienen, ya se sabe, muchos padres- como a silenciar sus naufragios. A menos, claro está, que el fracaso sea tan resonante e indisoluble como el que ha cosechado el CDS. Por lo antedicho, no resulta fácil ponderar ecuánimemente desde fuera de las opciones en liza los resultados electorales del 26-M. Si el analista utiliza sus dotes subjetivas de valoración corre el riesgo de parecer parcial. Y si se limita a anotar lo objetivamente contrastable, sin duda pecará de inexpresivo. Voy a hacer, por tanto, las dos cosas: sugerir algunas impresiones que den un bosquejo personal y recurrir a los datos, tratando de poner de manifiesto su inexorabilidad. Si hay que otorgar un carácter simbólico -emblemático, se dice ahora- a la capital de España, no hay duda de que el PP ha conseguido en Madrid un éxito reseñable. La mayoría absoluta de Alvarez del Manzano consolida una implantación creciente que ya había fructificado en el pacto PP-CDS que ha gobernado, con singular acierto, los dos últimos años. Asimismo, el PP ha sido el partido más votado en la Comunidad Autónoma de Madrid -Ruiz Gallardón ha logrado, en Madrid capital, más votos que Alvarez del Manzano y, por supuesto, que Barranco y que Leguina.

Igualmente, el PP puede alardear con justificado orgullo de la mayoría absoluta en las Comunidades Autónomas de Castilla-León y de Baleares. Y su lista municipal ocupa el primer lugar en muchos más municipios importantes que en 1987, fecha de las anteriores elecciones municipales. Estos datos, y otros más que podrían traerse

aquí, avalan la impresión de que el Partido Popular avanza, de que estamos al borde de consolidar una alternativa de poder de centro-derecha. Y de dejar atrás, por tanto, el régimen de partido hegemónico que se instaló en las elecciones generales de 1982. La euforia de los líderes «populares» está, pues, más que justificada. No queda más remedio, sin embargo, que descender a la síntesis; esto es, a los porcentajes generales, para calibrar el alcance de las variaciones registradas con respecto a anteriores confrontaciones electorales. Y en este punto, sentado el dato previo de la elevada abstención que ha tenido lugar el 26-M (nueve puntos más que en las municipales del 87), hay que concluir necesariamente en que el mapa político se encuentra notablemente estabilizado, y en que no hay perspectivas objetivas de cambios importantes en el futuro si hemos de fiarnos de los precedentes y de las tendencias.

En efecto, el Partido Popular ha obtenido en las municipales últimas un 25,2 por 100 de los votos, esto es, un 4,5 por 100 más que en 1987, equivalente a más de seiscientos mil electores. El PSOE, por su parte, ha obtenido un 38,4 por 100 de los votos, un 1,7 por 100 más que en 1987, y, sin embargo, 70.000 votos menos. La distancia entre los dos grandes partidos, que era del 16,0 por 100 en 1984, pasa a ser del 13,2 por 100 en 1991. Sin embargo, si la comparación se efectúa entre las elecciones generales de 1989 y las municipales últimas, resulta que el PP desciende dos décimas de punto y el PSOE 1,2 puntos, de modo que la distancia, que era de 14,2 puntos, se reduce exactamente un punto.

Si a estas comparaciones se añade el dato de que el PP no ha conseguido en ninguna de las elecciones celebradas bajo la presidencia de Aznar la cota del 26 por 100, que sí traspasó levemente Fraga en las generales del 82, se podrá deducir que, como mucho, la tendencia hacia la nivelación es muy lenta.

El análisis resultaría incompleto si estos últimos cálculos, que indican la correlación de fuerzas entre los dos principales partidos, no se extendieran a las formaciones. Si se considera la suma de los pesos relativos del PSOE e Izquierda Unida (partido este último que ha subido considerablemente respecto a las municipales del 87, pero que ha descendido, en porcentaje y número de votos, con relación a las generales del 89), se obtiene que las dos fuerzas juntas logran en las municipales del 87 un 42,9 por 100 de los votos; en las generales del 89, un 48,8 por 100, y en las últimas municipales, un 48,9. La conclusión es tan obvia que casi no merece la pena consignarla: la potencia electoral de la izquierda no desciende, sino al contrario.

La suma del PSOE e Izquierda Unida no agota el espectro de la izquierda de este país. El CDS -con un 3,8 por 100 de los sufragios todavía- esta notoriamente dispuesto a pactar por babor, y hay otras formaciones periféricas de este signo ideológico. Sin embargo, puede considerarse que, como es habitual en Europa, la sociedad está en España aproximadamente dividida al 50 por 100 entre «derechas» e «izquierdas» (es evidente que estos términos tienen un valor muy relativo, pero todavía sirven para abarcar la pluralidad política en las democracias occidentales). Sentado esto, es claro que la derecha no conseguirá consumir la

alternancia hasta que logre la coordinación de todo su hemisferio.

En síntesis, y por razonable que sea el empeño de José María Aznar de «centraD» el Partido Popular para abarcar íntegramente su espacio político y disputar los territorios fronterizos al PSOE, su esfuerzo será baldío si no logra la adhesión de los nacionalismos. Tanto de los partidos regionales como de los grandes partidos nacionalistas vasco

y catalán. En esta dirección se han conseguido ya importantes y fructíferos acuerdos con UPN en Navarra -aunque a costa de la pérdida de las siglas- y con Unió Mallorquina.

José María Aznar ha entendido perfectamente que la disputa política tiene sobre todo lugar en el que Alain Touraine llama el «magma central» de la sociedad, y que en este ámbito, formado por la gran clase media, la disputa no es tanto ideológica cuanto pragmática. Lo que la sociedad pide, primero, es integrarse (Touraine afirma que en las sociedades modernas lo importante ya no es estar arriba o abajo en la escala social, sino estar dentro o fuera del sistema) y después la solución a los problemas vitales: la sanidad, la educación, la ocupación del ocio, la atención a la tercera edad... Para hacerse atractivo, el PP necesitaba dos ingredientes: una sustancial renovación generacional que ya se ha consumado -no es posible innovar con una

imagen arcaica-y una gran capacidad de gestión política, encomendada a buenos profesionales, que está en vías de lograrse. Puestos los medios, Aznar tiene sin duda que cosechar los frutos más adelante. Bien entendido que en tanto perdure una izquierda perfectamente organizada en dos grandes partidos, la derecha -o el centro-derecha, si se prefiere- nunca podrá ganar unas elecciones si no consigue englobar a priori o, más difícilmente, a posteriori de la

confrontación democrática todos los partidos dispersos de su propia adscripción ideológica. Naturalmente, ello

plantea problemas, algunos sociológicos, otros puramente históricos. No son, sin embargo, insolubles. Y en la solución está sin duda la alternancia.



«Si hay que otorgar un carácter simbólico a la capital de España, no hay duda que el PP ha conseguido en Madrid un éxito reseñable.»